

## **XXVII Domingo del T. Ordinario A/2017**

Las lecturas de este domingo hablan del amor de Dios y de nuestra respuesta a ese amor incondicional. Muestran que Dios nos ama y cuida de su pueblo. También nos invitan a amarlos por medio de la obediencia a sus mandamientos y el cumplimiento de su voluntad en nuestra vida.

La primera lectura describe en una lengua metafórica el amor que un terrateniente tenía a su viña. Describe en particular como el terrateniente trabajó mucho para que se produjera una gran cosecha de uvas. Lamentablemente la viña no dio la cosecha esperada, solo pudo obtener uvas silvestres. Debido a esta cosecha silvestre, el terrateniente decidió abandonarla para siempre y condenarla a la destrucción. El texto termina haciendo una analogía con el pueblo de Israel comparándolo a la viña por la cual Dios se preocupó tanto, pero que al final no dio el fruto esperado, no dio una respuesta juiciosa, sino de ingratitud y muerte.

Lo que este texto nos enseña es que el amor de Dios por nosotros es infinito. Que Dios nos provee de todas las gracias necesarias a fin de que crezcamos espiritualmente y nos convirtamos en lo que él ha pensado que seamos. Otra idea es que a pesar del amor que Dios tiene por nosotros, las personas conducen sus vidas sin Dios y sin su guía amorosa. Una última idea se relaciona con la verdad de que independientemente de nuestra longevidad y de nuestro rechazo a la gracia de Dios, el día del juicio llegará y daremos cuenta de la manera en que hemos vivido nuestra vida.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando Jesús habla de la parábola del dueño de un viñedo. De hecho, el Evangelio comienza describiendo el cuidado que el dueño daba a su viñedo, de los métodos que utilizó para la protección de su propiedad. Después, describe que alquiló su propiedad a los viñadores y se fue de viaje.

Después de esto, describe que cuando llegó el tiempo de la vendimia, el propietario envió a sus sirvientes a fin de coleccionar los frutos de la vid. Relata el comportamiento de los viñadores que asesinan a todos los sirvientes, incluso a su propio hijo a quien él había enviado para coleccionar la producción de la viña.

Más adelante, el Evangelio relata la reacción del dueño del viñedo, quien mata a los trabajadores malos, y arrenda el viñedo a otros viñadores que podrían darle la cosecha a su tiempo. El Evangelio termina con dos declaraciones de Jesús. La primera se refiere al salmo 118, 22, el cual dice que la piedra rechazada por los constructores se ha convertido en la piedra angular. La segunda es una advertencia que afirma que el reino les será quitado a los malos servidores y dado a los que pueden producir frutos.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del cuidado de Dios por nosotros y de nuestra respuesta. Quiero comenzar con un ejemplo de la vida en que cada uno de nosotros puede reconocerse. De hecho, los que son padres sacrifican mucho de su tiempo y dinero por el bienestar de sus hijos a fin de que ellos puedan un día tener éxito en sus vidas.

Sin embargo, la experiencia ha mostrado también y, los padres lo saben muy bien, que a pesar de su buena voluntad y todo el sacrificio hecho por su bienestar, los niños no siempre cumplen con sus expectativas.

Cuando sucede así, los padres se llenan de frustración y de decepción. Pero, la decepción no significa que dejan de amarlos. Al contrario, siguen esperando que cambien, que tengan un mejor futuro, y si hay una oportunidad de ayudarlos, lo pueden hacer ciertamente.

Esta es exactamente la situación en la relación entre Israel y Dios, como lo hemos escuchado en la primera lectura. Cuando el Evangelio dice que el propietario envió a muchos criados, incluso a su propio hijo, a fin de obtener el fruto de su viñedo, se refiere a la historia de la salvación cuando Dios envió a Israel a los profetas y mensajeros, incluso al mismo Jesucristo, a fin de ayudarles a ser recíprocos con él, pero sin éxito.

Lo que es asombroso en esta parábola es, primero, el cuidado que el dueño del viñedo tiene al asegurar su terreno, rodeándolo con una cerca, cavar un lagar, y construir una torre para el vigilante. Es asombroso también, la confianza que el propietario puso en los arrendatarios a quien él alquiló la viña y la paciencia mostrada a la acción malvada de los viñadores. Esto hace referencia al cuidado de Dios para nosotros cuando nos confía sus dones y nos alegra con sus bendiciones. En este sentido, todo lo que hacemos en este mundo es un regalo que Dios nos da y por el cual espera que produzcamos buenos frutos.

Sin embargo, cuando no respondemos correctamente a la expectativa de Dios, él no nos rechaza. Al contrario, nos da una segunda oportunidad para que hagamos lo mejor. Por eso, la historia de Israel es la historia de cada uno de nosotros con sus altibajos. Es también la historia del amor de Dios por nosotros, con todas las bendiciones y las gracias que nos ha otorgado. No deberíamos olvidar, sin embargo, que donde hay gracia y bendición, hay también responsabilidad. De hecho, recibir la bendición de Dios es un privilegio, pero cada privilegio viene siempre acompañado de la responsabilidad.

Además, lo que recibimos en este mundo no nos convierte en dueños de nuestra propia vida. Somos administradores, que dirigen las cosas de la tierra por parte de Dios. Si un administrador se comporta como el dueño, haría mal, porque un día tendrá que dar un informe de su actuar.

Creo que esta es la razón por la cual el Evangelio termina con una advertencia que declara que el reino de Dios será entregado a un pueblo que produzca frutos. Si así pasa, significa que no hemos realizado nuestro trabajo correctamente. En otras palabras, habremos sido inútiles. Hacerse inútil a Dios es hundirse al nivel más bajo de la vida. Por eso, es imperativo que escuchemos a Jesús que es el fundamento de nuestra vida y que hagamos su voluntad. No pensemos que todavía tenemos tiempo. Aprovechemos la oportunidad que Dios nos da hoy, cambiemos nuestra vida. ¡Que Dios los bendiga a todos!

### **Isaías 5, 1-7; filipenses 4, 6-9; Mateo 21, 33-43**

Fecha de la Homilía: el 8 de Octubre de 2017

© 2017 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20171008homilia.pdf